

CRIMEN PERFECTO

Hacía un par de días que había llegado a esa cabaña, alquilada para pasar tres semanas de descanso aquel otoño de 2023. Luego vendría Laura, su esposa. Pero Ricardo pensaba muy poco en ella y recordaba sobre todo a Valeria, su amante soñada. Entre aquellas cumbres nevadas de Bariloche y sus lagos de ensueño, cada helado atardecer coronado por la agonía solitaria del sol hacía que su pensamiento se debatiera entre la impotencia de la resignación y ese deseo inmoral que multiplica la infidelidad. Laura significaba en su vida la enorme fortuna heredada de sus padres, la vida cómoda y fácil, el dinero siempre disponible, el exceso, el tiempo por delante para envejecer juntos. Valeria era el placer, la pasión prohibida, incontenible y vedada.

Durante los últimos meses, como una reiterada obsesión, no podía evitar imaginar cómo cambiaría su vida si, por alguna circunstancia fortuita, algo le sucediera a Laura y él pudiera enviudar. Quería desterrar esas ideas sombrías que lo perseguían sin piedad, pero no podía. Sabía que todo cambiaría, todo sería distinto: un nuevo comienzo, una nueva realidad, una vida plena de felicidad al lado de Valeria.

Esa tarde lluviosa de Agosto, mientras se aprestaba a encender la chimenea, se le ocurrió subir al desván de la vivienda para ver si encontraba papeles o cartones secos que pudiera utilizar para mantener el necesario fuego por debajo de la leña. Juntó algunas cajas vacías y se dispuso a bajar. Pero al hacerlo su pierna golpeó accidentalmente un desdeñado escritorio al que le faltaba una pata. Esto provocó la caída del mueble sobre el piso, así como la apertura de un cajón diminuto del que salió disparada una agenda antigua.

Acomodó nuevamente el escritorio en su lugar y miró de soslayo aquella agenda envejecida. Desde su interior asomaba una lánguida foto que retiró con curiosidad. La imagen mostraba un vistoso pájaro verdinegro. En su reverso alguien había inmortalizado aquel momento al escribir: "Mi fiel e inseparable compañero Benny en su hermosa jaula nueva. Marzo de 1978. Vicente".

Cuando estaba por ingresar nuevamente la agenda con su foto en el cajón, observó que la tapa posterior contenía un abultado bolsillo interno, dotado de un cierre metálico totalmente oxidado por el paso del tiempo. Con mucho esfuerzo logró abrirlo y encontró un marchito texto de varias hojas cuyo encabezado rezaba: "Crimen Perfecto. Octubre de 1980".

Sonrió espontáneamente. Cualquiera pensaría que aquello podría ser un mensaje del universo, casi una provocación a sus más oscuros sentimientos. Como el tema había llamado su atención decidió guardar la agenda nuevamente en su lugar y, solo por curiosidad, se llevó esos papeles para leerlos.

En la sobremesa de esa noche taciturna, acomodado plácidamente junto al calor del hogar y solo acompañado por una delicada copa de cognac y música instrumental,

comenzó a leer el sugestivo escrito rescatado del viejo escritorio. Su autor, cuyo nombre figuraba al final del texto, era Vicente Damián Fernández. Había sido en la década del ochenta el propietario de la cabaña. Su contenido detallaba los componentes de un poderoso veneno.

Lo más llamativo es que podía prepararse con hierbas y frutos silvestres que posiblemente todavía podrían encontrarse cerca de la vivienda, ya que el mismo Vicente se había ocupado de sembrarlos. Luego venían las instrucciones para preparar la mezcla letal. Allí estaban las cantidades exactas, los sitios donde encontrar cada cosa, la secuencia necesaria para obtener el producto final y todos los detalles a tener en cuenta para que no existiera el más mínimo error. Ricardo bebió un buen sorbo de licor y se acomodó en el sillón, cautivado por lo que leía.

Vicente aseguraba que el resultado final era un compuesto inodoro, incoloro e insípido. Además decía que, si bien la muerte sobrevendría en unos 15 minutos de manera irreversible, al cabo de unas pocas horas no quedaría el más mínimo vestigio de su presencia en el cuerpo. Daba además numerosas referencias científicas y había anexado varios recortes de revistas especializadas que respaldaban sus afirmaciones.

A partir de ese momento, y durante la mayor parte de lo que le quedaba a la noche, Ricardo no pudo pensar en otra cosa. Laura vendría a quedarse casi dos semanas. Eso le daría suficiente tiempo como para planificar con mucho cuidado cada detalle y poder suministrarle el veneno al finalizar la cena. Podría esperar las horas necesarias para que se eliminara todo vestigio de la sustancia fatal y, por la mañana, avisaría a la policía que su esposa había fallecido mientras dormía.

Su plan no podía fallar. Repasó todas las posibles preguntas que le harían los uniformados y sus correspondientes coartadas. Practicó los gestos, repitió varias veces los detalles y consideró cada reacción involuntaria ante alguna equivocación eventual.

Al día siguiente se despertó temprano y siguiendo las indicaciones que había detallado Vicente recorrió los entornos de la casa. Atravesó la maleza, disfrutó las fragancias cercanas al estanque, caminó entre las salvas, tomillos, mentas, malvas y romeros, pasó por debajo de las ramas gentiles de los pinos y cipreses que bordeaban el jardín. Así fue recolectando las plantas y frutos necesarios hasta, finalmente, encontrar todo lo que requería la preparación.

Con la noche acechando desde el cielo plomizo, acomodó prolijamente cada cosa sobre la mesada de la cocina y realizó el procedimiento indicado. Paso a paso, con mucho cuidado, fue combinando la mezcla según las instrucciones del escrito hasta dejar terminado el compuesto.

Como sabía que no tendría que quedar ninguna prueba posible de lo realizado, lo más urgente a continuación era limpiar la mesada, arrojar al fuego cualquier residuo posible y volver a poner las hojas del fulminante instructivo en el mismo lugar donde las había encontrado. Subió presuroso al desván, se acercó al escritorio y sacó la agenda para

guardar las hojas. Pero esta vez, al hacerlo, descubrió que en el fondo del cajón había también un amarillento recorte de diario cuyo título era “Muerte Dudosa”.

Intuyendo que podría tener relación con el posible crimen planificado que habría cometido Vicente cuarenta años atrás, se apresuró a leerlo:

“5 de noviembre de 1980. BARILOCHE. La policía informó que el pasado jueves fue descubierto el cuerpo sin vida del señor Vicente Damián Fernández de 56 años de edad. Su hijo, Roberto Miguel Fernández, explicó que su padre se encontraba solo en la cabaña, por lo que debió realizarse la autopsia correspondiente. El Perito Oficial Daniel Estévez dictaminó que el deceso se habría producido por causas naturales. Sin embargo, el Perito de Parte Javier Castañeras opinó en disidencia. Explicó que al llegar al lugar también fue encontrado muerto un pájaro cuyo plumaje verde y negro había cambiado su tonalidad original. Tal situación, dijo Castañeras, suele darse en estas aves cuando se produce envenenamiento provocado por la inhalación de algún tipo de sustancia letal presente en el ambiente. La preparación casera de algunos compuestos tóxicos desprende gases igualmente venenosos y mortales a partir del mismo momento en que terminan de ser combinados, agregó. Se trata de vapores incoloros, inodoros e insípidos cuyos efectos afectan de manera terminal a las personas y a los animales unos 15 minutos después de haber ingresado a sus pulmones. Por esta razón el mencionado profesional no descartó la posibilidad de una muerte auto inducida. Según su opinión esto se explicaría por ser Fernández un asiduo practicante de la religión católica quien, posiblemente, podría haber querido ocultar a sus familiares y conocidos que la causa real de su fallecimiento habría sido, en realidad, un suicidio.”